

# El deterioro del claustro

NICOLAS LYNCH

**E**n un artículo anterior (*El Diario*, 29/10/82), señalaba la necesidad de propiciar el concurso más amplio de fuerzas democráticas de la universidad para enfrentar su aguda crisis. Ahora quisiera profundizar en el deterioro que sufren las fuerzas del claustro y el sentido que tiene la lucha universitaria en estas condiciones.

La universidad no es una fábrica. Por lo tanto, la contradicción entre patrones y obreros no puede ser objeto de comparación con una supuesta contradicción entre estudiantes y profesores. Esta es sólo una analogía que puede aparecer muy banal al común de las gentes, pero que trágicamente tomó cuerpo en muchas universidades en las últimas décadas. Lo que no quiere decir que no haya una especificidad de profesores y estudiantes, ni que esta especificidad no produzca contradicciones. Sólo señala que la dinámica del movimiento no opone necesaria ni principalmente estamentos, sino posiciones y actitudes de los integrantes de diferentes estamentos frente a los problemas de la universidad. "Estudiante" no es, pues, igual a revolucionario, ni "profesor" igual a reaccionario, tal como simplemente pudiera asumirse. Además, entre los profesores puede resultar una autoridad democráticamente elegida, con lo cual no deja de ser autoridad y es indudable que el ejercicio de su mando generará contradicciones. Pero la actitud de los distintos estamentos hacia ella deberá depender de la forma cómo se conduce, siendo absurdo en este caso que se desarrolle una oposición de principio por el solo hecho de ser autoridad.

Existe un tercer estamento, de importancia creciente: los trabajadores no docentes. Su existencia y participación como estamento bus-

ca ser minimizada por los sectores más reaccionarios, que quisieran verlos reducidos a simples engranajes del sistema universitario. Sin embargo, su gran combatividad y organización, acicateada por la crisis, imponen su presencia como un agente de primera importancia. Lo que no equipara su peso específico al de profesores y estudiantes, pero resalta que sin su concurso será imposible enfrentar la crisis y lograr cambios sustanciales en la universidad.

En este caso sí aparece con más claridad una contradicción trabajador-patrón, que los enfrenta en primera instancia con quienes sean las autoridades universitarias. Aunque este último aspecto también es relativo al origen y características de las autoridades, por lo que esta contradicción trabajador-patrón no puede asumirse de la misma forma que en cualquier otro centro de trabajo. Lo que no quita que estos sectores luchen por sus reivindicaciones con la fuerza y radicalidad necesarias, pero las deben inscribir definitivamente dentro de un proyecto de transformación global de la universidad, requisito sin el cual se ven reducidas a simples reivindicaciones económicas de un estamento, perdiendo buena parte de su sentido en el contexto universitario.

Ha sido importante este repaso de ideas globales, que quizás puedan aparecer como lugares comunes, para poder abordar de mejor manera las características del momento presente. Dos son los aspectos que marcan la situación actual, especialmente en la universidad nacional: la agresión despiadada del Gobierno belaudista y el deterioro de las fuerzas internas que componen el claustro.

Sobre lo primero se ha abundado hasta la saciedad en las últimas semanas.

En lo segundo, por el contrario, son pocos los que inciden, a pesar de tratarse de un tema clave. El temor en algunos casos, las dificultades para mirarnos al espejo en otros, hacen difícil que la cuestión ocupe como debiera, el primer plano entre los problemas fundamentales a resolver para conseguir una universidad distinta.

El deterioro de las condiciones materiales en la universidad ha llevado a un consiguiente y gravísimo deterioro de la vida académica. Perceptible con claridad en el poco estudio y la consecuente deficiencia en la preparación profesional de los estudiantes, en el bajo nivel y creciente desinterés de buena parte de la docencia y en el significativo relajamiento de la disciplina laboral en sectores cada vez mayores de los trabajadores no-docentes. Esta situación crea a la vez una trágica complicidad mutua que hace aún más difícil visualizar posibilidades de solución. Tenemos entonces a las propias fuerzas vitales del movimiento universitario en trance de carcomerse a sí mismas. No se trata hoy de repartir culpas o mencionar nombres, pero es indudable que en el contexto de deterioro económico la crisis afecta ya a quienes deberían ser los sujetos de la transformación que la universidad reclama.

No quiero decir con esto que el enemigo más importante de la universidad sean los propios universitarios, pero sí que este deterioro interior se convierte en la traba más seria para la formación del amplio movimiento democrático que enfrenta con éxito la agresión del Gobierno.